LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»: *Pipá*. Cátedra Ed., Madrid, 2.^a ed. 1978
(edición de Antonio Ramos-Gascón, introd. y notas).

La publicación de *Pipá*, con una excelente introducción de Ramos-Gascón, viene a sumarse al reciente interés de la crítica literaria por la obra de «Clarín».

Esta extensa introducción hace una valoración de la obra de Leopoldo Alas y su significación en la literatura del momento, que contrasta con las apreciaciones de la crítica tradicional.

En efecto, la crítica del pasado abordaba con ligereza los aspectos naturalistas de «Clarín», pasando por ellos como sobre ascuas, insistiendo siempre en su no-determinismo, no-positivismo y espiritualismo, para llegar en seguida a la última fase, idealista, que significaría un repudio de su anterior coqueteo naturalista.

Ramos-Gascón, por el contrario, y siguiendo una línea interpretativa más actual —quizá iniciada por autores como S. Beser y J. L. Aranguren—, hace inteligentes anotaciones acerca del determinismo de «Clarín», y destaca que su etapa narrativa última no puede considerarse a la ligera como un arrepentimiento de su naturalismo, pues, en cierta medida, hay una persistencia ideológica respecto a su etapa anterior.

En cualquier caso, pienso sería preciso recordar la diferencia de calidad artística entre *La Regenta* —de la etapa naturalista— con su profunda disección psicológica y social, a la manera naturalista —con los elementos determinantes de lo que «Clarín» llamaba el «medio moral social», sobre los personajes—, y la deslavazada narración *Su único hijo* —que correspondería al idealismo salvador de sus últimos años—. En definitiva, la imagen de «Clarín» ha sido sometida por la crítica del pasado a una manipulación un tanto deformadora, y quizá sea precisa una relectura de sus texto que conduzca a una interpretación más correcta en su adecuado contexto cultural. Esto es lo que parece intentar una crítica literaria más reciente, descubriendo en Leopoldo Alas un autor de peculiares características en el panorama intelectual de la época, tan remiso a novedades, sobre el que destaca por su conocimiento profundo y sin prejuicios de las interesantes problemáticas intelectuales suscitadas en la época, fuera de España, y por su aplicación a la realidad concreta de nuestra historia y nuestras letras.

A este respecto, la difusión y estudio de los escritos teóricos y ensayísticos de Alas, por Sergio Beser, me parece han sentado las

bases de una apreciación distinta de su obra literaria. En «Clarín» teoría literaria y narrativa se encuentran en completa relación.

La introducción de Ramos-Gascón reconstruye las líneas fundamentales de la biografía clariniana, destacando aspectos ideológicos que suelen olvidarse. Se refiere asimismo a su actividad periodística e intelectual. Proporciona, en definitiva, los datos biográficos y culturales precisos para entender el decurso del autor, ajustándose al verdadero sentido de su obra.

Los cuentos que se recogen en el libro, comenzando por *Pipá*, que da título al volumen, escrito en 1879, vienen a completar la edición de cuentos de «Clarín» realizada hace tiempo por Alianza Editorial.

Salvo *Pipá*, de 1879, el resto de las narraciones fueron escritas entre 1882 y 1884. Esto es, coinciden con el descubrimiento del naturalismo en España —y su pseudoasimilación consiguiente—; en esta fecha se publica *La cuestión palpitante* —obra que confunde realismo y naturalismo en sus discusiones—, y «Clarín» publica su ensayo fundamental «Del naturalismo», recogido en la revista *La Diana*.

Dada la escasa asimilación del naturalismo francés en nuestro país, la obra de «Clarín», que manifiesta una profunda preocupación ideológica por un correcto entendimiento del tema, más allá de los tópicos con que los autores tradicionales se defendían de la cuestión, posee indudable interés y originalidad. «Clarín» es uno de los pocos autores naturalistas en España capaz incluso de discutir las concepciones del Zola de *Le roman expérimental* (1880), y manifestar una actitud personal al respecto, pero partiendo de una comprensión adecuada de estas ideas.

En efecto, el naturalismo de la Pardo Bazán parece más bien un barniz escenográfico y de modismos de diálogo. El propio Zola se admiró de que aquí se la considerara naturalista. Y recuérdese que el prólogo de «Clarín» a *La cuestión palpitante* se refiere, con su habitual cautela, a lo que *no es* el naturalismo; tal vez porque si se refería a lo que *es*, la obra de Pardo Bazán tendría que ser excluida. Aquí se despojó al naturalismo de su contenido ideológico molesto y sólo se asimilaron —al cabo de bastante tiempo— las formas. No deja de ser divertido que hasta Pattison, autoridad en el tema, acepte que *Pequeñeces* (1890) del P. Coloma es una novela naturalista —como quería Pardo Bazán.

Todo este asunto no es una simple cuestión de etiquetas culturales o una discusión academicista sin interés —como cree J. L. Aranguren en sus *Estudios literarios*, al principio del magnífico estudio que dedica a *La Regenta*—. Se trata de recuperar unas coordenadas de

interpretación, alteradas por una confusión en absoluto gratuita, pues fue provocada por una oposición ideológica de época, que refleja una toma de postura al respecto. En otro lugar he tratado este tema más ampliamente. Aquí sólo quiero destacar la originalidad de «Clarín» como uno de los pocos autores que en la época supo asimilar sin prejuicios este tema, sin falsear la cuestión, y manifestar una postura personal en sus escritos teóricos y en su narrativa.

La importancia de los relatos recogidos en el volumen *Pipá* estriba precisamente en que reflejan los primeros intentos de «Clarín» por adecuarse, con su peculiar manera, a la nueva tendencia narrativa del naturalismo. Su interés deriva de que constituyen una especie de preparación a *La Regenta* (1885), incorporando poco a poco una serie de concepciones acerca de la existencia y una serie de ideas acerca de los modos de narrar.

Por ejemplo, el relato *Pipá* semeja inicialmente un cuento tópico —en la línea idealista más próxima al folletín— de tema navideño, con niño pobre visitando casa rica en día de nieve. Sin embargo, la narración toma un curso distinto a mitad del relato, hasta llegar a un final de agrio sabor.

A lo largo de las diversas narraciones, el lector interesado en la obra de «Clarín» asiste a un dominio progresivo del arte narrativo, que preludia esa interesante obra que es *La Regenta*.

Pipá, dentro del ambiente convencional de los cuentos navideños, posee un *charme* original, y un cruel final, que chocan con los planteamientos iniciales del cuento. Representa ya un intento de ruptura con el pasado idealista, y un regreso a la realidad. Incluso podrían señalarse elementos de *La Regenta* posterior: un cierto fondo eclesiástico, un final de tono impersonal, el tema de la incompreensión social hacia un personaje soñador cuyas ilusiones se queman.

Amor'è furbo (1882) tiene un tinte satírico y paródico, que predomina en todos estos relatos. Hay una exaltación de la ficción que siempre crea el arte, y un tono de parodia —que parece satirizar las comedias de capa y espada— aunque envuelto en modos de narración algo idealistas; el estilo narrativo va adquiriendo la claridad y la plucritud peculiares de Alas; hay numerosos rasgos de la personalísima ironía clariniana, irónica elegancia en frases perfectas, que confieren una digna comicidad a asuntos que podrían parecer grotescos.

Mi entierro (1882) constituye una divertida parodia de los relatos románticos en los que el personaje asiste a su propio entierro. La impersonalidad en la sátira, y la elegante lejanía características de «Clarín» son valores de la narración. Hay escenas que apuntan a *La*

Regenta, en las discusiones del casino, discursos de sociedad—la verborrea hispana de época—. El entierro parece un recurso del autor—usado con cierta ternura—para descubrir la hipocresía general.

Un documento (1882) continúa el tono irónico de estos relatos. Aparecen aquí también rasgos que desarrollará en su gran novela posterior: la murmuración, los monólogos intimistas del personaje femenino, reflexión acerca de los sentimientos con su problematismo consiguiente, estudio psicológico del alma femenina, etc. Resulta curioso que el «documento» que toma el artista naturalista—que se presenta como impersonal y frío—es una historia de amor falsa y cursi—idealista—. Siempre la ironía de «Clarín», ganando fuerza.

Avecilla (1882) es una divertida parodia de un burócrata, aquejado de una curiosa fiebre especial que podríamos llamar «misticismo burocrático». La ironía se basa aquí en una fina exageración de los sucesos, hasta extremos paródicos, que nunca pierden el punto necesario de elegancia y de comprensión humana. «Clarín» parece iniciar su sátira del misticismo hispano.

El hombre de los estrenos (1884), *Las dos cajas* (1883), *Bustamante* (1884) y *Zurita* (1884) completan el volumen, añadiendo en cada caso una nota distinta de ironía, el juego con un nuevo recurso narrativo, la experimentación con un nuevo modo de relato, como ejercicios preparatorios para la compleja exhibición narrativa que sería en seguida *La Regenta*.

Se trata, por tanto, de narraciones breves, de tono festivo, que sirven para ilustrar la elegante ironía de «Clarín» y su progresivo dominio de los recursos narrativos. Momentos preparatorios para una novela importante.—DIEGO MARTINEZ TORRON (*Maldonado*, 55, apartamento 503. MADRID-6).

(*) Gabriel Celaya: *Poesías completas* (1932-1976), Ed. Laia, Barcelona, 1977.